

Formación de Sacerdotes: Evaluar el pasado, reflexionar sobre el presente, imaginar el futuro *

Hans Zollner, SJ

Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)

E-mail: zollner@unigre.it

Recibido: 10 de septiembre de 2019

Aceptado: 3 de octubre de 2019

RESUMEN: Toda formación al sacerdocio —inicial y permanente— requiere claridad, creatividad y perseverancia. No acaba cuando se reciben, desarrollan y promulgan nuevas directrices para la formación —como es el caso de la *Ratio fundamentalis* de 2016, el marco por el que se guía la Iglesia desde dicho año—. El siguiente paso en el proceso —es decir, la elaboración y revisión de directrices nacionales para la formación sacerdotal por las Conferencias Episcopales (y en cierta medida congregaciones y órdenes religiosas), desarrollando lo que la *Ratio fundamentalis* indica— no se habrá completado hasta que se establezcan estructuras apropiadas y se prepare a los formadores correspondientemente. Las diócesis y órdenes religiosas necesitan formadores suficientemente preparados para su tarea. Al igual que se invierten muchos años y dinero en la formación de los profesores en los seminarios o facultades, se debe invertir en la formación de rectores, padres espirituales y otros formadores, aquellos que acompañan los procesos humanos y espirituales en una fase importante de la vida de los jóvenes para que éstos últimos puedan cumplir mejor con la excelente elección y vocación que es ser un sacerdote de Jesucristo.

PALABRAS CLAVE: Sacerdocio; formación inicial y permanente; acompañamiento; discernimiento; formación humana y espiritual.

Formation of Priests: Assessing the Past, Reflecting on the Present, Imagining the Future

ABSTRACT: All formation to the priesthood —initial and ongoing— requires clarity, creativity and perseverance. It does not end when new guidelines for formation are received, developed and promulgated —as in the case of the *Ratio fundamentalis* of 2016, the framework by which the Church has been guided since that year. The

* Este artículo es una adaptación del capítulo de un libro, publicado originalmente en inglés como H. ZOLLNER, "Formation of Priests: Assessing the Past, Reflecting on the Present, Imagining the Future" en: S. RYAN – D. MARMION – M. MULLANEY (Eds.), *Models of Priestly Formation*, Liturgical Press, Collegeville 2019.

next step in the process —that is, the elaboration and revision of national guidelines for priestly formation by Episcopal Conferences (and to some extent congregations and religious orders), developing what the *Ratio fundamentalis* indicates— will not be completed until appropriate structures are established and formators are prepared accordingly. Dioceses and religious orders need formators sufficiently prepared for their task. Just as many years and money are invested in the formation of rectors, spiritual parents and other formators, those who accompany the human and spiritual processes in an important phase of young people's lives so that young people can better fulfill the excellent choice and vocation of being a priest of Jesus Christ.

KEYWORDS: Priesthood; initial and ongoing formation; accompaniment; discernment; human and spiritual formation.

1. **“Sepa lo que hace, imite lo que celebra y conforme su vida al misterio de la cruz del Señor”¹**

En un taller para seminaristas, hablamos de sus expectativas para su futuro ministerio como sacerdotes. Junto al mucho entusiasmo por difundir el evangelio y administrar los sacramentos, muchos de ellos expresaron su preocupación por la cantidad de tiempo y energía que se necesitaría para ocuparse de los asuntos administrativos. Un seminarista expresó con palabras el deseo de muchos en la sala: “Queremos ser pastores de almas”.

Este anhelo de acompañar el camino espiritual de los demás es magnánimo, y ha quedado gra-

bado en mi mente porque toca el corazón de mi trabajo académico, que se centra en la formación de los que se ocupan de la formación humana y espiritual de los futuros pastores. Los formadores que reciben a un candidato de este perfil se enfrentan a una miríada de preguntas: ¿Cómo puede uno ayudar a la maduración de esta persona para que logre su objetivo de ayudar a los demás? ¿Cómo se pueden profundizar las motivaciones positivas y purificar las motivaciones egoístas para que el candidato sea capaz de establecer relaciones auténticas? ¿Cómo se educa a los demás a discernir y resistir el comportamiento potencialmente dañino o destructivo, especialmente el comportamiento que cruza los límites físicos, sexuales, psicológicos y espirituales?

¹ Del rito de ordenación en la presentación de la patena y el cáliz a los recién ordenados.

2. De dónde venimos: percibir la situación

Existe un creciente consenso sobre la necesidad de reevaluar el concepto de formación establecido por el Concilio de Trento y ampliamente aplicado durante casi 500 años en los seminarios. Aunque en general tuvo éxito en el pasado², ¿es adecuado y eficaz en el presente, o algunos aspectos son ahora contraproducentes para los objetivos primarios de la formación?

Hasta hace algunas décadas, en los países occidentales, y aún hoy en día en muchos países en vías de desarrollo, los hombres que entraron en el seminario (de promedio, de 18 a 20 años) tenían un origen similar: una familia católica, normalmente con unos pocos hermanos, una sólida formación catequética, así como una familiaridad con la liturgia y las devociones tradicionales. El sistema de formación asumía una personalidad estructurada, presuponiendo cualidades espirituales, comunitarias y de aprendizaje que encajaban de forma natural en el ambiente de la iglesia. El objetivo principal era

fortalecer los valores y las prácticas espirituales, así como impartir una sólida formación teológica y filosófica.

La formación basada en estos presupuestos significaba básicamente proporcionar contenidos y orientación espiritual, dando por sentado que los seminaristas se esforzarían de manera espontánea para participar activamente en la integración y en la vivencia de ideales más elevados, y que la sociedad en general, o al menos la comunidad de fe (incluida la propia familia), apoyaría (y de alguna manera le daría legitimidad) el estilo de vida y el ministerio sacerdotal. En muchos ambientes religiosos –al menos hasta el Concilio Vaticano II– esto se acompañó de prácticas devocionales y ascéticas que tenían por objeto modelar, fortalecer y ejercer formas de vivir el propio compromiso religioso. Parecía que, mientras hubiese un ambiente social y eclesial para sostener tal estilo de vida y orientación vocacional, los hombres –incluso aquellos que mostraban signos de debilidad o deficiencias– recibían suficientes aportes para continuar su compromiso dentro del rango de las limitaciones normales.

Ese sistema, que funcionó bien con muchos candidatos que eran fuertes, o al menos suficientemente sólidos, sin embargo, es eviden-

² Cf. S. J. ROSSETTI, *Why Priests Are Happy: A Study of the Psychological and Spiritual Health of Priests*, Ave Maria Press, Notre Dame 2011.

te que fracasó en demasiadas ocasiones. Esto fue especialmente evidente cuando:

1. Había una personalidad severamente dañada emocional, relacional o sexualmente que logró pasar a través de todas las etapas de formación sin ser despedida;
2. El cumplimiento de las normas fue considerado uno de los criterios más importantes para la promoción (y no la sinceridad en los esfuerzos por crecer humana, espiritual y académicamente);
3. No sólo el entorno de la formación en sí mismo, sino que todo el ambiente o contexto de la iglesia fue cerrado deliberadamente al mundo exterior.

Tales ambientes a menudo no estaban sujetos a una evaluación, supervisión y revisión normal, saludable y efectiva. Si eran gobernados por líderes que se sentían investidos de poder divino en virtud de la ordenación y que actuaban de manera autocrática (por ejemplo, oprimiendo las conciencias y pidiendo obediencia ciega, mientras que al mismo tiempo abusaban del poder, el dinero y el sexo) tal conducta fácilmente conducía al encubrimiento, al silencio

cultural, a la negligencia y a redes disfuncionales, lo que equivalía a un contra-testimonio de valores cristianos de proporciones devastadoras.

Por supuesto, la inmensa mayoría de los obispos, provinciales y sacerdotes en el pasado estuvieron a la altura de las expectativas de la Iglesia y de sus propios ideales. Sin embargo, es preocupante observar que, a pesar de la formación que recibieron en los seminarios menores y mayores, un número significativo de clérigos abandonaron el sacerdocio y demasiados cometieron todo tipo de comportamiento abusivo, incluyendo la violencia sexual contra menores. Hay que admitir honestamente que este modelo de formación muchas veces no ha dado los resultados que buscaba.

3. Dónde estamos: dilemas en la formación

En algunos países y seminarios, la situación ha cambiado, y ahora se presta mucha más atención al proceso de selección antes de admitir a nuevos hombres en el seminario o noviciado. Hay un mayor acompañamiento, teniendo en cuenta explícitamente la madurez afectiva y la sexualidad en un sentido amplio. Sin embargo, en muchas

partes del mundo, según mis conocimientos y experiencia de primera mano, esto todavía no es así. No pocos obispos, abades y provinciales hablan y actúan como si pensarán que la psicología *como tal* destruye las vocaciones³. Paradójicamente, algunos de estos mismos obispos se basan en la psicología como único argumento para tomar decisiones (por ejemplo, el despido) después de que surjan dificultades importantes en la vida de un sacerdote o seminarista.

Una de las razones de esta inconsistencia es que algunos formadores y obispos se muestran reacios a aceptar e integrar la psicología en el proceso de formación humana. Creen que, si uno presta demasiada atención a las cosas humanas, los seminaristas y novicios descubrirán que tienen problemas: 'Cuanto más hablen de sexualidad, más problemas tendrán'. Se trata de un círculo vicioso: con toda probabilidad, algunos forma-

dores que tienen dificultades personales en el campo de la sexualidad, de la afectividad y de las relaciones se asustan de estos aspectos de la vida humana; muchos otros no se sienten suficientemente preparados para acompañar a los jóvenes en su discernimiento vocacional. Así, en lugar de trabajar activamente y a fondo a través de dinámicas motivacionales y deseos afectivos, los jóvenes son inducidos a reprimir por la fuerza un lado integral de la vida humana o a evitar preguntas cuando surgen, lo que a su vez puede resultar, tarde o temprano, en todo tipo de mala conducta, así como en el abandono del sacerdocio. Muchos seminaristas –sobre todo cuando no se sienten invitados a hablar de sus problemas o cuando incluso temen que hablar de dudas o crisis les lleve a su despido– se convierten en *submarinos*, por así decirlo: se sumergen bajo el agua a la entrada de la casa de formación, bucean durante toda la formación, tratando de no hacer ruido y de no ser vistos, y sólo emergen por encima del agua en el momento adecuado (es decir, cuando el obispo pone las manos sobre sus cabezas para la ordenación).

De esta manera, se desperdician muchos años de formación y se pierden oportunidades únicas de crecimiento. Allí donde los jóve-

³ Si bien es cierto que algunos enfoques psicológicos no son compatibles con los valores evangélicos (por ejemplo, poner la autoestima o el autodesarrollo en el centro de atención), esto no es (y, en una perspectiva realmente neutral en cuanto al valor, no debería ser) cierto para todas las escuelas de psicología. Cf. A. MANENTI – S. GUARINELLI – H. ZOLLNER (Eds.), *La formación y la persona. Essays on Theory and Practice*, SIS Supplement 12, Peeters, Leuven 2007.

nes son desafiados y ayudados adecuadamente, los frutos se pueden ver en una mayor eficacia de ministerio y en la perseverancia de la vocación que Dios ha puesto en sus corazones. ¿Qué tipo de psicología es, por tanto, apropiada en un entorno de formación? El enfoque humanista (encontrar a los demás con una ‘mirada positiva incondicional’) es bueno como punto de partida. Es necesario especialmente para aquellos cuya autoestima y estructuras de personalidad no están suficientemente desarrolladas. Pero esto no es suficiente para vivir el evangelio completo, porque hay una tendencia incorporada en los seres humanos a permanecer en el nivel de ‘Necesito mejorarme a mí mismo y, mientras esté contento conmigo, todo está bien’.

La llamada de Jesús es seguramente a amarse a sí mismo, pero también nos llama a amar a los demás y a amar a Dios. Lo que revela, incluso a costa de su propia vida, es que el amor de los demás e incluso de los enemigos va más allá del amor propio. La realización real de uno mismo como discípulo de Jesucristo sólo es posible, paradójicamente, poniendo al otro y a Dios en primer lugar, extendiendo la mano, amando y muriendo a uno mismo. La ley del evangelio –“el que pierda su vida por mí, la

ganará”– significa que hay un coste en el seguimiento de Jesucristo, en imitar su vida y su pasión con la esperanza resucitar con él.

La paradoja aquí es que la gente necesita construir suficiente autoestima y estructura de la personalidad para poder perderse a sí misma, darse a sí misma y descubrir que mientras uno esté preocupado por obtener su propia gratificación, anhelando la autorrealización a través de la posición o el poder o el dinero o el sexo, uno jamás estará satisfecho o lleno. Uno puede saborear, saborear y saborear la plenitud cristiana sólo cuando experimenta la entrega de sí mismo. Eso es mucho más fuerte y significativo que lo que uno puede conseguir para sí mismo⁴.

¿Cómo puede uno llegar a ser lo suficientemente fuerte como para entregarse al servicio del Reino de Dios? Una herramienta importante para esto es el ascetismo sano, es decir, el ejercicio de la autodisciplina de tal manera que uno aprenda continuamente que no está en el centro de todo el universo, que dar es mejor que tomar, que la renuncia es parte de una vida mejor, humana y cristianamente. Es entonces cuando la persona se vuel-

⁴ Cf. B. M. DOLPHIN, *Los valores del Evangelio. Madurez Personal y Percepción Temática*, PUG, Roma 1991.

ve más sana y saludable, a pesar de –o mejor dicho, *con– todos los límites y las rupturas que todavía existan. Comparado con las luchas de sus compañeros en el trabajo y en las relaciones, parece que muchos seminaristas aprenden más bien a ser atendidos y a vivir en un mundo cómodo y exclusivo que tiene muy poco que ver con la realidad de la gente normal. Para mucha gente, esto se parece más a la crianza de principitos, en lugar de preparar a los pastores para las alegrías y las dificultades de compartir sus vidas con su rebaño.*

Desafortunadamente, en mi experiencia, muchos seminarios no preparan suficientemente bien a los seminaristas para lo que encontrarán en la vida sacerdotal, y esto es verdad para las cuatro áreas de formación descritas en *Pastores Dabo Vobis* (PDV): humana, espiritual, intelectual y pastoral⁵.

Formación humana. La formación humana, según San Juan Pablo II (PDV 43) es el fundamento o piedra angular de *toda* formación y ayuda a los hombres a vivir su vocación sacerdotal y religiosa. Ahora bien, el abandono de las vocaciones sacerdotales y religiosas se origina frecuentemente en crisis en

torno a la afectividad humana y la sexualidad, por lo que es sorprendente que esta área no se aborde suficientemente en la formación antes y después de los años de seminario. Es como si no nos gustara analizar esto seriamente y tomar decisiones en consecuencia.

A pesar de la insistencia de la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (*El don de la vocación sacerdotal*)⁶ en implicar a las mujeres en el proceso de formación del seminario, hay formadores de seminario que lo consideran peligroso y posiblemente perjudicial para las vocaciones. Esto es indicativo de una actitud poco realista y muy a menudo dañina, especialmente porque la mayor parte de la asistencia a la iglesia es de mujeres y niños. Los sacerdotes jóvenes, que han vivido en contextos masculinos durante años, tras su ordenación se encuentran inevitablemente con ‘peligro’, sin estar preparados, siendo ingenuos en sus actitudes y comportamientos.

Un formador necesita ver dónde y cómo abordar el desafío (aquellas áreas donde se necesita más crecimiento) y buscar el apoyo. Podemos preguntarnos hasta qué punto el concepto tridentino de forma-

⁵ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis* (25 de marzo de 1992).

⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (8 de diciembre de 2016).

ción, debido a su mínima flexibilidad para personalizar la formación y su ambiente cerrado, hace justicia actualmente a las expectativas razonables y a las cualidades necesarias que los seminaristas hoy necesitan.

Formación espiritual. Muy a menudo, los seminaristas sólo aprenden a orar de manera formal y con otros, sobre todo en la Liturgia de las Horas, y se les introduce en la celebración de la Eucaristía y en otras formas de oración litúrgica. Lo que muchos no reciben es una intensa introducción y acompañamiento a la oración personal, una oración que es “como hablar con un amigo” (Santa Teresa de Ávila).

La oración comunitaria con la Liturgia de las Horas en el seminario está lejos de la realidad posterior a la formación inicial; en la mayoría de las parroquias, un sacerdote vive solo, y nadie reza laudes y vísperas con él. Además, muchos sacerdotes que rezan el breviario con poca implicación existencial no han sido ayudados a relacionar los salmos con su desarrollo espiritual y ni a rezar por lo que realmente les está sucediendo. Consecuentemente, las oraciones se despojan de su significado personal, y entonces algunos sacerdotes experimentan una división en sus vidas, quedando desconectadas de su ministerio. Sería necesario que

los seminaristas aprendieran a llevar su vida real a la oración –sus pensamientos, sentimientos, ideales, experiencias– para evitar el estancamiento de su espiritualidad después del seminario, mientras su vida sacerdotal (en la que se desarrolla, aprende, asume responsabilidades) madura. ¿En qué medida ayudamos a los seminaristas a vivir y desarrollar durante toda su vida la amistad con Jesucristo?

Debido a las restricciones necesarias, no trataré en detalle la *formación intelectual* y la *formación pastoral*. Aún así, uno podría preguntarse hasta qué punto la teología académica está en contacto con las preguntas urgentes del mundo de hoy, con las preguntas de los creyentes normales y su necesidad de formas razonables de responder a un mundo cada vez más complejo con cambios tan rápidos en las comunicaciones, las ciencias y los negocios. ¿Cómo tiene en cuenta la formación académica y ministerial de los futuros sacerdotes las buenas relaciones y los límites, así como la teoría y la práctica de la comunicación (la mayoría de lo que hacen los sacerdotes en su ministerio está ligado a esto), la introducción al trabajo en grupo, los métodos de evaluación por pares y la formación continua centrada en el sujeto? La idea de la formación permanente parece extraña a

muchos nuevos sacerdotes. Muchos piensan que con la ordenación están 'completos' en su sacerdocio y ya no necesitan crecer en ninguna otra área.

Hoy en día, encontramos tres modelos básicos de formación: el modelo de *perfección*, el modelo de *auto-realización* y el modelo de *integración*. Es muy probable que a veces coexistan en un seminario porque los formadores siguen ideas diferentes. En el modelo de *perfección*⁷, el sacerdote de alguna manera está perpetuando la estructura, como un elemento de una máquina, mientras que en el modelo de *auto-realización*⁸ el sacerdote

⁷ El modelo de perfección es altamente idealista, enfatizando la impecabilidad y esforzándose por lo que es visto como moralmente puro e inquestionable. Su insistencia en la obediencia ciega y el cumplimiento de las órdenes impide que los hombres se apropien internamente de sus decisiones y que entablen un diálogo crítico y racional. El control se valora sobre la libertad, las normas sobre la autorresponsabilidad.

⁸ La idea clave en el modelo de auto-realización es que cada seminarista descubrirá por sí mismo cómo crecer y desarrollarse, a dónde ir, qué hacer. Por miedo a intervenir demasiado o a parecer controladores, los formadores con la idea del *laissez-faire*, ya sea creyendo en la psicología de la autorrealización o simplemente queriendo evitar el conflicto. En tal ambiente, las necesidades y los deseos no son reprimidos como en el

está básicamente cumpliendo sus propias percepciones e ideas sobre la Iglesia y el sacerdocio sin tomar en cuenta que debe crecer más allá de eso. En cambio, en el modelo de *integración* hay un ejercicio responsable de la libertad.

Este modelo es realista y responsable en el sentido de aprender a vivir con tensiones internas e interpersonales, y crecer en un sentido más profundo de poseer y darse a sí mismo al mismo tiempo. Este modelo va al centro de la personalidad (el nivel del corazón), haciéndola más exigente que los otros dos porque no evita las tensiones a través de la autoridad o el *laissez-faire*, sino que trata de identificarlas y trabajar a través de ellas en los niveles individual, espiritual y comunitario. Como modelo de discernimiento, presupone que las personas están en contacto con sus movimientos interiores (*mociones*, como diría San Ignacio) y que pasan por una *schola affectus* (una "escuela del corazón" en la que los movimientos interiores no son reprimidos ni simplemente liberados, sino explorados para ver a dónde conducen)⁹.

modelo de perfección, ni son educados e integrados.

⁹ H. ZOLLNER, "Core, Criteria and Consequences of the Ignatian Discernment of Spirits", *IGNIS - Ignatian Spirituality in South Asia* 35/4 (2006), 52-65.

4. **El camino por recorrer:
elementos para discernir
en la educación y formación
de discípulos**

Una de las preguntas más importantes para considerar en la formación de los futuros sacerdotes es: ¿De qué trata el sacerdocio en el mundo de hoy y en el de mañana? En las condiciones de la sociedad actual, vivir el sacerdocio es, humanamente hablando, más difícil que hace unas décadas. La realidad, el perfil y la visión del sacerdocio han cambiado. En algunos aspectos, parece ser mucho más exigente que lo que solía ser la expectativa en términos de profundidad espiritual, competencia profesional y capacidades relacionales. Por un lado, hay enormes expectativas; por otro lado, cualquier persona sana no esperará que un sacerdote sea un ser sobrehumano. En este sentido, como siempre en la historia, el criterio más importante para que los sacerdotes sean aceptados por los fieles es si se esfuerzan por cumplir sus ideales lo mejor posible, y si fracasan, si son lo suficientemente humildes como para admitirlo y seguir adelante (con los pies en la tierra).

La Iglesia necesita discernir y decidir: ¿Qué se espera que sea y haga un sacerdote? En este mo-

mento, un sacerdote hace todo en una parroquia o al menos es responsable de casi todo—liturgia, guía espiritual, sacramentos, administración, finanzas y planificación—. Durante la formación en el seminario y, con bastante frecuencia, después del seminario, estos tres últimos puntos no se tratan normalmente. Esto significa que los sacerdotes, como líderes de una comunidad parroquial, a menudo necesitan asumir la responsabilidad de algo en lo que no están formados, en detrimento de la misión central del sacerdocio. Se puede detectar una fijación en el número de sacerdotes y ordenaciones, en la cantidad en vez de en la calidad, como si los sacerdotes necesitaran llenar los vacíos que surgen; y por eso, las preguntas apremiantes no son realmente consideradas.

¿Qué significa todo esto para las funciones y las responsabilidades de los sacerdotes y para compartir la responsabilidad con los fieles laicos? ¿Qué significa para las instituciones diocesanas y las estructuras eclesiales, incluidas las parroquias, las escuelas y otros sectores como las obras de caridad o la asistencia sanitaria? Estas son cuestiones que necesitan ser abordadas en el contexto más amplio de la teología del sacerdocio y de la iglesia y que tendrán repercu-

siones en el derecho eclesiástico y en las disposiciones prácticas. Dentro del enfoque de este artículo una de las preguntas que surgen es: ¿Cuál es la visión correspondiente para la formación de un seminarista y de un sacerdote?

5. Los hombres que están entrando en el seminario hoy

Considere los hombres que están entrando en el seminario hoy. La edad media de los seminaristas en muchos seminarios de Europa central y occidental (pero también cada vez más en otras partes del mundo) es de unos treinta años (o más). Eso significa que han vivido por su cuenta entre diez y quince años. Muchos no sólo han completado sus estudios, incluyendo títulos de postgrado, sino que también tienen años de experiencia laboral. Habitualmente han tenido una formación académica y/o profesional, ya sea dentro de las disciplinas eclesiásticas o en un área completamente diferente, a veces con responsabilidades significativas dentro de las organizaciones. Han vivido en diferentes partes de su país de origen, y algunos han vivido en el extranjero. Tienen una gran experiencia de vida, pero muchos de ellos han tenido años de muy poca práctica religiosa. En términos de su vida

relacional y sexual, se puede asumir que muchos de ellos han tenido relaciones íntimas y han estado en relaciones estables durante varios años. También es muy probable que hayan consumido pornografía en Internet. Normalmente han desarrollado amistades de larga duración, que quieren continuar durante y después de la formación en el seminario. Para cuando terminen la formación, bastantes de ellos se estarán acercando a la edad media.

Debido a estas características particulares de los seminaristas actuales, muy diferentes de los del pasado, mucho más homogéneos, es esencial diversificar la formación según las diversas circunstancias y antecedentes de los candidatos al sacerdocio. Por todo ello hay que tener en cuenta:

- Una vida humana y espiritual integral acorde con la profundidad esperada a nivel personal, emocional, relacional y sexual, así como con la soledad del sacerdocio diocesano y las cuestiones de formación que la rodean;
- Una capacidad intelectual para interactuar con la realidad de la sociedad y con los desarrollos políticos, económicos y científicos que se están produciendo;

- Unas formas de oración espiritualmente libres, personalizadas e interiorizadas, aprendiendo de la tradición, buscando una manera de vivir la espiritualidad de una manera socialmente significativa y ministerialmente efectiva¹⁰.

6. Formación permanente

Es necesario invertir no sólo en la formación inicial, sino también en la formación permanente. Se hace más hincapié en la formación inicial que en la formación permanente. El concepto de formación permanente es extraño para algunos sacerdotes. Tal vez se imaginan que una vez terminada la teología, la formación es completa y tienen todo lo que necesitan. Las diócesis y las congregaciones religiosas raramente inculcan la idea de que, después de la ordenación, todavía hay necesidad de crecimiento. Los sacerdotes se encuentran entre los grupos profesionales más reacios a aceptar la idea de la necesidad de una formación permanente. La razón puede ser que confundan la plenitud del sacerdocio recibido en la ordenación

con la culminación de su madurez humana, espiritual y ministerial.

Existe también el problema de la resistencia a oír lo mismo una y otra vez, especialmente en lo que respecta al ámbito de la protección de menores. Muchos sacerdotes no quieren oír hablar de algo por lo que ya han sido golpeados, o se sienten acusados indirectamente, aunque no tengan responsabilidad directa y no hayan cometido transgresiones¹¹. La exhortación y la instrucción no siempre es la manera más apropiada de enseñar. Además, los sacerdotes se sienten expuestos a la sospecha general. Si el abuso sexual infantil y su prevención, incluyendo la referencia a los límites profesionales y pastorales, se abordan durante los años de formación, las posibilidades son increíblemente mayores de que las autoridades eclesásticas no tengan que abordarlas después de las etapas de formación inicial, lo que, como puede atestiguararse fácilmente, cuesta una enorme cantidad de tiempo, nervios y dinero –por no mencio-

¹⁰ G. CUCCI - H. ZOLLNER, *La Iglesia y el abuso de menores*, Gujarat Sahitya Prakash, Gujarat 2013.

¹¹ A estos sacerdotes (que son la mayoría) se les llama a veces «sacerdotes no ofensores», como si se definieran por el hecho de haber abusado o no de menores. Cf. B. O'SULLIVAN, *The Burden of Betrayal. Non-Offending Priests and the Clergy Child Abuse Scandals*, Gracewing, Leominster 2018.

nar el daño hecho a los jóvenes y la credibilidad de la Iglesia—.

Todo tipo de formación —inicial y permanente— necesita claridad, creatividad y perseverancia. Esta no termina cuando uno ha recibido, desarrollado y promulgado nuevas pautas para la formación. El proceso —es decir, la elaboración y revisión de las orientaciones nacionales para la formación sacerdotal a nivel de las Conferencias Episcopales (y en cierta medida en las Órdenes y Congregaciones religiosas), desarrollando lo que la *Ratio Fundamental* indica— no estará completo hasta que se establezcan las estructuras adecuadas y los formadores se preparen en consecuencia.

Estos documentos son a menudo elevados y no tienen suficientemente en cuenta los recursos disponibles o los desafíos que los rectores, directores espirituales y otros formadores encuentran y están dispuestos a hablar cuando se les pregunta en privado, por ejemplo, sobre el nivel de apertura de los seminaristas para hablar de sus verdaderos problemas con respecto a su necesidad de afecto o sobre la cercanía y la distancia con los demás, dentro y fuera del seminario, sobre los altibajos emocionales, los deseos de interacción sexual y, no pocas veces, los actos

sexuales antes y durante la formación en el seminario.

Los obispos y los provinciales invierten mucho en la formación intelectual y un poco en la formación espiritual, pero tienden a subestimar la formación humana y pastoral, lo cual es aún más sorprendente si se tiene en cuenta que las crisis vocacionales después de la ordenación pocas veces están vinculadas a cuestiones académicas y teológicas, sino casi exclusivamente a luchas humanas, relacionales, emocionales y sexuales. Esto debería tenerse en cuenta en las directrices nacionales, admitiendo honestamente que existen verdaderos desafíos, en lugar de evitarlos por miedo.

En los seminarios hay personas muy buenas y dispuestas, a pesar de todas las limitaciones, pero el sistema de formación no parece ofrecer el apoyo adecuado para sacar lo mejor de las capacidades de estas personas. Muy a menudo se desperdicia el potencial humano, espiritual y pastoral porque no invertimos lo suficiente en los preciosos años de preparación para la ordenación y los años posteriores. Los documentos de la Iglesia presuponen que hay suficiente personal y apoyo estructural u organizativo para el proceso, pero casi no hay lugar en el mundo donde haya sufi-

cientes formadores en el seminario, y esos pocos formadores no están muy a menudo formados adecuadamente para los desafíos que enfrentan. Lo que sea que invirtamos (planificación, tiempo y dinero) en la formación de personal, en la formación estructural y en el trabajo sobre los grandes desafíos, pagará a medio y largo plazo.

Habría que hablar también, por ejemplo, de una teología del sacerdocio que tenga en cuenta las circunstancias actuales y se esfuerce por delinear el “ser sacerdote”, diferenciándolo del “actuar como sacerdote”¹², según el rito de la ordenación sacerdotal, que conmina a los recién ordenados: “Sabed lo que hacéis, imitad lo que celebráis y conformad vuestra vida al misterio de la cruz del Señor”. Repensar el sacerdocio es tanto más urgente dado que –a pesar de todos los interrogantes y deficiencias que hemos señalado– muchas personas piden ayuda, guía y apoyo en su camino espiritual y de fe a aquellos que ellos mismos creen que son buscadores de Dios y de su voluntad en este mundo.

¹² Cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote en este momento*, Echter, Würzburg 2005.

7. Conclusión

Resumiendo lo anterior, hemos de presuponer que en todos nuestros esfuerzos es el Señor mismo quien es la fuente y el fin. El axioma de que la *gracia de Dios perfecciona la naturaleza humana*, enseñanza católica desde Tomás de Aquino, nos invita a hacer lo que esté a nuestro alcance, esperando que él nos perfeccione a nosotros y a nuestros esfuerzos.

Calidad sobre cantidad, ese sería el *primer* punto: un sacerdote alegre puede “hacer” un bien increíble; pero un solo sacerdote enfermo o no apto se convierte en una molestia para muchos. Los puestos ocupados por personas con problemas personales significativos pronto quedarán desocupados, y se habrá hecho mucho daño.

En segundo lugar, un buen acompañamiento de la decisión vocacional, así como de todo el período de formación, es de vital importancia para el éxito de una vocación religiosa.

En tercer lugar, hoy en día una decisión profesional sostenible necesita más tiempo y una trayectoria de formación personalizada. Las personas que aspiran a una vocación espiritual tienen muchos talentos y competencias; otras están a menudo subdesarrolladas, espe-

cialmente las que se necesitan para la vida comunitaria. En este caso, un curso de capacitación 'en módulos' podría ayudar a 'arreglar' la mayor parte del trabajo atrasado (por ejemplo, las aptitudes comunitarias).

En cuarto lugar, las diócesis y las órdenes necesitan instructores suficientemente preparados para su tarea. Así como se invierten mu-

chos años y mucho dinero en la formación de profesores en los seminarios o facultades, también hay que invertir en la formación de rectores, padres espirituales y otros formadores que acompañen los procesos humanos y espirituales en una fase importante de la vida de los jóvenes, para que éstos puedan estar a la altura de la gran opción y vocación que es ser sacerdotes de Jesucristo. ■

Chronicon Natalis

Una lente para introducirse en el surgimiento de la espiritualidad ignaciana

Ignacio Ramos Riera, SJ

Jerónimo Nadal fue un hombre de acción. A ello unió la capacidad para elaborar desarrollos teóricos que impactaron profundamente en el legado de Ignacio de Loyola.

El relato de su sufrida maduración hasta llegar a ser discípulo del «Ignacio de los Ejercicios», que refleja el Chronicon Natalis, supone una aportación biográfica clave para el estudio teórico de la espiritualidad ignaciana.



Chronicon Natalis

Una lente para introducirse en el surgimiento de la espiritualidad ignaciana

Ignacio Ramos Riera

ISBN: 978-84-8468-784-9

Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2019.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950